

NUESTRA HISTORIA (IV): LOS TRES GRANDES

Bajo el impulso de Antxon Bandrés, el 18 de mayo de 1924 en la plaza de Elgeta se concentran cientos de montañeros para refrendar el nacimiento de la Federación Vasco Navarra de Alpinismo. Un día que quedaría para la historia.



Espinoza, entre Ramón de la Sota y Bandrés, tras su regreso del Nilimanjaro. EMMOA. FONDQA. BANDRÉS

Tras el éxtasis popular y multitudinario vivido en la fundación de Elgeta en 1924, el montañismo vasco comenzó a definir sus características entre las diferentes opciones que ofrecía la relación lúdica y deportiva con las montañas.

Esta diversidad de perfiles, ya para entonces asentados en el alpinismo internacional, fue encontrando sus referentes en torno a tres grandes nombres de nuestra historia; tres personalidades diferenciadas pero complementarias entre sí: Antxon Bandrés, Ángel Sopería y Andrés Espinoza.

BANDRÉS, EL LÍDER

A Antxon Bandrés le hemos encontrado en los capítulos anteriores como impulsor en la primera década del siglo XX de cruzadas en defensa de la

TEXTO



Antxon Bandrés
(Donosti, 1946)

Montañero y cronista de montaña, ha escrito miles de artículos y una docena de libros, entre los que destaca su trilogía "Historia testimonial del montañismo vasco". Actualmente es miembro de la Fundación EMMOA para la creación del Museo del Montañismo Vasco.

salud, propugnando el acercamiento a la naturaleza y la popularización del montañismo con sus excursiones colectivas a Gorbéa. Fue el líder indiscutible e indiscutido de los primeros años de movimiento montañero.

Bandrés fue además un pozo de iniciativas cuya vigencia durante más de un siglo ha demostrado su auténtica razón de ser. Nos estamos refiriendo a los concursos de montaña y a la consecuente creación de la red de buzones en las cumbres, patrimonio único en el mundo. Y estamos haciendo también referencia a la casi centenaria revista Pyrenaica, y, evidentemente, a la fundación de la Federación Vasco Navarra de Alpinismo, también a punto de cumplir cien años, como ente de unión de todo el montañismo en Euskal Herria.

SOPEÑA, EL ESCALADOR

En la mañana del 16 de marzo de 1924, dos meses antes de la cita de Elgeta, una silueta solitaria, ante el asombro de unos observadores ocasionales emplazados en los rebordes de la sierra Gorobel, comenzaba a trepar por las escarpaduras del Pico del Fraile. Tras no pocos esfuerzos, conseguía alcanzar la cumbre del monolito. Los improvisados testigos estaban asistiendo, sin saberlo, a la primera escalada que se realizaba en Buskai Herria. El autor de aquella audacia era un socio del Club Deportivo Bilbao llamado Ángel Sopeña.

En la mañana del 16 de marzo de 1924, una silueta solitaria comenzaba a trepar por las escarpaduras del Pico del Fraile.

Bandrés salió de inmediato al paso de las euforias populares: "Sentimos una vivísima simpatía por quien quiera escalar el pico conquistado por Sopeña, pero nos asalta el temor de que ocurra una catástrofe".

Era la definición de dos formas de entender el encuentro con las cumbres. Bandrés defendía un montañismo de masas, lúdico, sin riesgos ni hazañas deportivas. Por su parte, Sopeña se miraba en las corrientes que impulsaban el alpinismo moderno en Europa. Frente al "frecuentar la montaña, pero huir de los peligros" que propugnaba Bandrés, Sopeña opondría la escalada como un reto a superar y no un tabú que debía ser evitado. Era la confrontación de "el montañismo de romería" frente al "alpinismo acrobático". Dos perspectivas que se han mantenido vigentes en sus postulados a lo largo de nuestra historia alpina.

ESPINOSA, EL SOLITARIO

La tercera columna del edificio que sostuvo el montañismo vasco en sus inicios se llamaba Andrés Espinosa, quizás el alpinista vasco más relevante de nuestra historia.

Espinosa compartía con Bandrés, a quien respetaba profundamente, el amor por las montañas de nuestro país, aunque huía de las multitudes que seguían al tolosarra.

Con respecto a Sopeña, coincidía en su atracción por los retos que le presentaba la montaña, pero a diferencia del bilbaíno, nunca apoyó sus escaladas más relevantes en guías profesionales. Así lo hizo Sopeña en casos como el Urriellu, donde se hizo acompañar en 1925 del guía Víctor Martínez, o abriendo una vía en Peña Santa en 1930, junto Alfonso, hijo de Víctor. Igualmente, compartió con un guía de Zermatt el meritorio ascenso, que en 1933 completó en el Cervino siguiendo la compleja arista de Zmutt. Sopeña era un gran escalador, sin embargo, medía el límite de los riesgos que asumía.

Espinosa fue el gran solitario de nuestra historia. Todas sus hazañas las llevó a cabo en una total soledad, enfrentándose, combatiendo y superando sus propios miedos. Solo escaló el Urriellu (1928), y solo completó en el Mont Blanc (1929) una ascensión asombrosa, con el mismo esquema de escalada solitaria. Pocos días después repetiría la hazaña en la ruta clásica del Cervino, dejando perplejos a guías de Zermatt.



Ángel Sopeña, pionero de la escalada en Euskal Herria. ARCHIVO DE LA FUENTE

Los sueños de Espinosa, - "¿sueño, ilusión, qué otra cosa es la vida?" escribiría- le llevaron en 1930 a cruzar el desierto del Sinaí para subir a la cumbre sagrada de Moisés y a ascender, semanas más tarde, siempre en solitario, a la cima del Kilimanjaro (1930).

En plena efervescencia de su potencia física y anímica, Espinosa se embarcó en 1931 hacia la India y llegó hasta Darjeeling, al pie mismo del Himalaya. Nunca sabremos de lo que hubiera sido capaz de hacer el vizcaíno frente a aquellas montañas gigantes, pero las autoridades inglesas le impidieron penetrar en los valles del macizo del Kangchenjunga. Frustrado, en la larga travesía de regreso escribiría unas frases entre proféticas y reivindicativas: "Me obligan a marchar, pero esta negativa es ya una semilla que dará sus frutos, una semilla que desde hoy comienza a alimentarse en los monstruosos espacios de la Gran Cordillera y que, sin tardar muchos años, veremos sus jóvenes flores. Y, ¿es que no merece ya el mendigo vasco un escaño, aunque modesto y sencillo en el inmenso Himalaya?".

Espinosa tuvo razón, pero tendría que pasar más de medio siglo para que sus palabras fueran una realidad.